

311A 3

V. EL PROYECTO FRANCÉS

A medida que fue transcurriendo el período que acaba de examinarse tuvo lugar en Francia una combinación de factores económicos, políticos e intelectuales que colocó a esta nación populosa, rica y siempre fascinante, en un nivel ideológico aparte del que prevalecía en el resto de Europa. Para ese entonces ya habían aparecido en aquel país el capitalismo mercantil y el artesanado que lo surtía con sus productos, y posteriormente una variedad de manufacturas como las que estaban surgiendo en toda la Europa septentrional y en Inglaterra. París se había convertido en una ciudad de comerciantes y sus proveedores y de trabajadores, lo mismo que Lyon, Burdeos y otras grandes ciudades francesas. Pero en mayor medida que cualquier otro país europeo, Francia había conservado un fuerte interés en la agricultura, actividad a la que se continuó rindiendo un verdadero culto. En aquellos tiempos, como siempre, la agricultura en Francia era más que una ocupación: venía a constituir lo que con la solemnidad del caso llamaríamos hoy una forma de vida. Y también, en considerable proporción, una forma de arte. Los quesos y las frutas de Francia, y claro está, sus vinos, poseían una personalidad reconocida.

Es cierto, empero, que el gobierno francés se había sometido menos que los de otros países a los intereses y políticas del mercantilismo. Luix XIV, apoyándose desde luego en distintas fuerzas de la nación, había reducido considerablemente y en muchos aspectos había destruido el poder independiente de la clase feudal. Su apremiante y persistente necesidad de recursos bélicos y sus inmensos gastos en tiempos de paz, además de su exigencia de que los aristócratas fueran a residir con gran pompa en la misma corte, donde él pudiera vigilarlos directamente, había empobrecido a la nobleza. Para empezar, este sistema, unido a las demandas de los recaudadores de impuestos de la Corona y a los trabajos forzosos de la *corvée* (nombre de los servicios obligato-

rios prestados al señor feudal y al Estado) había ido trasladando los requerimientos pecuniarios de los aristócratas al sector social integrado por quienes en épocas posteriores llegarían a llamarse sus aparceros, o bien, en la medida en que subsistían en algunas partes de Francia, a sus siervos, cuyo número era menor. Los agricultores independientes, por su parte, soportaban diferentes formas de exigentes exacciones reales. Y sin embargo, pese a tantos atropellos, la agricultura retuvo su poderío, y los intereses agrícolas siguieron gobernando a Francia. Fue en efecto la aristocracia terrateniente la que rodeó a los sucesores de Luis XIV en Versalles, disfrutando del mayor rango y precedencia, y haciendo muchas menos concesiones a los designios e intereses de los mercaderes que sus homólogos ingleses, holandeses o italianos. En realidad, cabe preguntarse si, enfrascados como estaban en sus propios placeres y en sus relaciones y rivalidades personales, llegaron alguna vez a advertir plenamente el papel nacional que iba asumiendo en forma progresiva la clase mercantil.¹

Y sin embargo, los intereses de la clase terrateniente en Francia representaban un caso especial en un aspecto importante. Rara vez en la historia este sector de la sociedad ha llegado a exponer una justificación filosófica convincente de sus propios privilegios en vez de esgrimirlos, según ha solido ocurrir, como un derecho divino o simplemente irrecusable. Pero sucedió que la aristocracia francesa en Versalles se caracterizaba por su distinción artística e intelectual, siendo inevitable que algunos de sus miembros reflexionaran acerca del origen de su hegemonía, y, durante los reinados de Luis XIV y Luis XVI, sobre los medios para asegurarles una supervivencia cada vez más improbable. De esta manera se produjo en Versalles una intromisión sin precedentes del pensamiento en el ámbito de una clase terrateniente basada en la riqueza y en la tradición.

De esta intromisión provino, una vez más de acuerdo con el marco de referencia contemporáneo, una aportación francesa su-

1. Cuestión que se plantea, por ejemplo, cuando se leen las memorias del duque de Saint-Simon (1675-1755). Véase *Saint-Simon at Versailles*, en *The Memoirs of M. le Duc de Saint-Simon*, selección y traducción de Lucy Norton (Londres, Hamish Hamilton, 1958).

Al comentar el último volumen de la gran trilogía de Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, vol. 3, *The Perspective of the World*, traducida por Sian Reynolds (Nueva York, Harper and Row, 1984), Christopher Hill ha expuesto hace poco, de manera sucinta, la diferencia entre los países: «La aristocracia inglesa se adaptó a la sociedad mercantil de un modo que nunca llegó a hacerlo la aristocracia francesa.» (*New Statesman*, 20 de julio de 1984, pág. 23.)

mamente innovadora al pensamiento económico en la segunda mitad del siglo XVIII. Ésta se produjo conforme al espíritu de la Ilustración, y del ánimo exploratorio y de los escritos de Voltaire, Diderot, Condorcet y, sobre todo, de Rousseau. En efecto, a la vez que compartía su visión del cambio, la esperanza y la reforma, respondía inequívocamente y con todo vigor a las grandes preocupaciones de la época. Su tema central era el papel de la agricultura como fuente de toda riqueza. Mientras que se acordaba a los mercaderes un estatuto subsidiario apropiado, se confirmaba la antigua eminencia del mundo rural, y éste surgía dominante y triunfador. Pero al mismo tiempo se reconocían las graves debilidades públicas de la estructura económica y política contemporánea, indicando que tales deficiencias debían superarse. En esta forma, se combinó la afirmación de los valores históricos de la tierra y de su correspondiente poder político y precedencia social con la proclamada necesidad de su reforma, considerándose esta última indispensable para la supervivencia del sistema tradicional.

Siempre ha sido objeto de controversia la denominación que debería aplicarse a los miembros de esta escuela del pensamiento económico. Ellos mismos se dieron el nombre de «economistas», notable por su modernidad, pues no llegaría a utilizarse este término para designar a los profesionales de la materia hasta después de Alfred Marshall, a fines del siglo XIX. Adam Smith, que visitó Versalles y conversó con los principales progenitores de la escuela en 1765, asignó al conjunto de sus ideas el título de «sistema agrícola».² Pero los historiadores del pensamiento económico han adoptado hace ya mucho tiempo la menos apropiada de las designaciones, a saber, la de «fisiócratas», o sea, aproximadamente, la de quienes sostienen el papel preponderante de la naturaleza.

2. En una de sus simpáticas combinaciones de elogio y menosprecio, Smith dice, en *La riqueza de las naciones*:

Ese sistema, que describe la producción de la tierra como la única fuente de rentas y de riqueza en cualquier país, nunca, que yo sepa, ha llegado a adoptarse en ninguna nación, y en la actualidad sólo existe en las especulaciones de algunos hombres de gran saber e ingenio, en Francia. Seguramente no valdría la pena ponerse a examinar extensamente los errores de un sistema que nunca ha causado ningún daño, y posiblemente nunca llegue a causarlo, en ninguna parte del mundo (Libro 4, cap. 9).

Son tantas las ediciones de esta obra que parecería superfluo citar los números de páginas de algunas de ellas en particular. Una edición muy satisfactoria es la publicada en 1976 por la University of Chicago Press, basada en la anterior, y en muchos aspectos definitiva, de Edwin Cannan, publicada por la Universidad de Londres.

Los fisiócratas, o economistas, constituían un grupo muy coherente, y muchas de sus ideas no se atribuyen a determinados autores, sino al conjunto. No obstante, destacan tres de sus miembros. El primero, más interesante e importante de ellos, fue François Quesnay (1694-1774), quien, demostrando con su ejemplo que una vida no debe darse por concluida prematuramente, se inició en la economía política a la edad de sesenta y dos años. Hasta entonces había ejercido como el más famoso médico de su época, y bajo todos los aspectos como el facultativo que disfrutaba de la más elevada posición. Había publicado trabajos relativos a la práctica de la sangría, a la índole y tratamiento de la gangrena y de las fiebres, y a una temprana edad había llegado a ocupar el cargo de secretario de la Academia de Cirugía, en París. Luego dio un paso de indiscutible importancia para su reputación y posición política y social al convertirse en médico personal de Madame de Pompadour, a cuyo efecto quedó alojado permanentemente en Versalles, y después, en 1755, del propio Luis XV. Nunca ha habido otro economista que haya trabajado en situación tan favorable.

El segundo del grupo, que superó a Quesnay como funcionario público, ya que no en el favor real, fue Anne-Robert Jacques Turgot (1727-1781), hijo de un próspero comerciante, que no dejó de guardar cierta fidelidad a sus orígenes mercantiles. Gracias a su concepción plausiblemente más amplia de los intereses comerciales, llegó a ser considerado en Francia como el defensor de los mismos. Se hizo conocer en un principio como *intendant* (administrador provincial) de Limoges, que era entonces una de las zonas más pobres de Francia. Durante ese período patrocinó un conjunto de reformas destinado a fomentar la agricultura, promover el comercio local, mejorar el transporte por carretera y limitar los abusos fiscales. En 1774 fue trasladado a París por Luis XVI, quien lo nombró síndico general de cuentas y ministro de Hacienda, doble cargo en el cual sufrió la suerte de tantos reformadores. Percibiendo la grave amenaza de una gran revolución, trató de prevenirla mediante otra de menores proporciones, pero sus enemigos, como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la historia, prefirieron correr el mayor de ambos peligros. Al preconizar rígidas medidas restrictivas en los gastos de la Corte y en otros sectores públicos, junto con la reforma tributaria, el libre comercio de los cereales en el interior del Reino, la abolición de las sinecuras y monopolios públicos, la tolerancia hacia los protestantes y la propuesta aboli-

ción de la *corvée*, unió contra él a una impresionante variedad de intereses creados, que iban desde los terratenientes y aristócratas hasta los ostentadores de cargos públicos, los especuladores del comercio de cereales, el clero y la mismísima María Antonieta. Afectado también por las consecuencias de una mala cosecha, fue destituido en mayo de 1776 y reemplazado por Jacques Necker; posteriormente, reanudó la elaboración del sistema de ideas gracias al cual se recuerda en nuestros días tanto a él como a sus correligionarios.

El tercero en importancia entre los fisiócratas quizás haya ejercido una influencia práctica perdurable sobre la República estadounidense en mayor grado que cualquier otro francés de su época, sin excluir al propio marqués de Lafayette. Se trata de Pierre Samuel du Pont de Nemours (1738-1817), quien, luego de haber editado un periódico sobre cuestiones agrícolas y de haber escrito sobre temas políticos, compiló y publicó algunas de las obras de Quesnay bajo el título de *La Physiocratie*, del cual, evidentemente, proviene el nombre bajo el cual llegarían a ser conocidos tanto él como los demás integrantes de su escuela.

Durante la Revolución francesa, Du Pont pasó un tiempo escondido, bajo la sospecha de albergar tendencias contrarrevolucionarias, y en 1800 emigró a los Estados Unidos junto con sus hijos, Éleuthère Irénée y Victor. En 1802 el primero de éstos inició la construcción de un molino de pólvora (rama del conocimiento en la cual había sido iniciado por el propio Lavoisier). Éstos fueron los principios de una de las más grandes empresas industriales norteamericanas, y, de lejos, la más duradera de las dinastías industriales. La familia Du Pont ha seguido desde entonces en plena posesión y administración de su vasta compañía a lo largo de siglo y medio.

Los fisiócratas eran hombres singulares, como en muchos aspectos lo fue su sistema, el cual constituía el primer conjunto de ideas económicas digno de ese nombre.

Una vez más, cabe recordar que su fin primordial era conservar, mediante reformas, una antigua sociedad en la que los propietarios rurales gozaban de superioridad social y privilegios, a la cual todos ellos eran adictos, y rechazar las pretensiones e intrusiones del capital mercantil y las rebeldes, crudas y vulgares fuerzas industriales (según el concepto que de ellas se tenía) por él engendradas.

El principio básico de los fisiócratas era el concepto de derecho natural (*le droit naturel*), pues consideraban que era éste el que en última instancia regía el comportamiento económico y social. El derecho de los reyes y de los legisladores sólo resulta tolerable en la medida que es compatible con el derecho natural, o bien en cuanto se lo tiene por una extensión limitada de éste. La existencia y protección de la propiedad concuerdan con el derecho natural, lo mismo que la libertad de comprar y vender —libertad de comercio— y las disposiciones necesarias para asegurar la defensa del Reino. Lo más sabio es dejar que las cosas funcionen por su cuenta, conforme a los motivos y restricción naturales. La norma orientadora en materia de legislación y, en general, de gobierno, debería ser *laissez faire, laissez passer*.

Estas cuatro palabras, que encarnan el máximo legado de los fisiócratas, tienen diferentes significados. En épocas posteriores, el *laissez faire* llegó a ser entendido por los economistas como algo idéntico a las realizaciones del mercado competitivo —resultado óptimo, aunque no siempre agradable, que debe aceptarse con preferencia a cualquier intervención del Estado—. En este sentido, podría hablarse de un *laissez faire* limitado o técnico. Pero *laissez faire* llegaría también a ser la consigna de rigor contra toda forma de intervención del Estado en materia social. Según esto, en cualquier cuestión concebible, menos en materia de defensa nacional, si se deja la situación librada a sí misma, la solución vendrá por sí sola. A esto podría dársele el nombre de *laissez faire* teológico, dado que un poder superior garantiza el mejor resultado posible. El *laissez faire* teológico representa una fuerza notable aún en nuestros días, sin omitir a la ciudad de Washington en el decenio de 1980. Sus consecuencias prácticas se advierten con todo relieve en la forma en que tantos hombres de negocios actuales conciben el Estado, por lo menos hasta que la amenaza de bancarrota, una exagerada competencia extranjera o alguna otra amenazadora desgracia exige un retorno a la acción secular del Estado.

Sobre la base del *droit naturel* se edificó el alegato contra el mercantilismo. Era obvio que los reglamentos favorables a los mercaderes —como por ejemplo, las concesiones monopolísticas, las abundantes restricciones proteccionistas sobre el comercio interior y los gremios mercantiles supervivientes— estaban en conflicto con el derecho natural. Al denunciar esta situación, los presuntos salvadores del Antiguo Régimen se alzaron contra los más flagrantes

privilegios del capitalismo comercial. De esta forma, como casi seguramente lo creyó Turgot, los mercaderes podrían quizá superar una incompreensión miope de sus propios intereses de largo plazo.

No obstante, se había formulado ya otra doctrina que resultaba todavía más claramente opuesta al prestigio y a la consiguiente influencia de los mercaderes. Se trataba de la noción del *produit net*. Ésta, en su forma escueta, afirmaba sencillamente que toda riqueza se origina en la agricultura, y ninguna en otras actividades económicas, oficios u ocupaciones. Según ella, los mercaderes, en particular, compraban y vendían el mismo producto, sin agregarle nada en este proceso. Y lo mismo sucedía, aunque de manera algo ambigua, en la industria, es decir, en la manufactura. Ésta sólo añadía un contenido de mano de obra a los productos de la tierra, pero no creaba nada nuevo. Además, estaba limitada en su extensión por sus orígenes y suministros agrícolas: «Para que pueda aumentar el número de zapateros, debe aumentar la cantidad de cueros vacunos.»³

La estructura de clases de los fisiócratas guardaba una estrecha relación con el concepto del *produit net*. Había, en primer lugar, los terratenientes o propietarios, que orientaban, vigilaban o, en cualquier otra forma, presidían la producción agrícola, de modo que en definitiva se adjudicaban el *produit net* y sobre ellos recaían las responsabilidades sociales y políticas de la comunidad y del Estado. A continuación venía la clase de los productores, cuyos miembros practicaban la ganadería y labraban la tierra; y sólo una vez que se les había pagado su remuneración el *produit net* pasaba a manos de los propietarios. Finalmente, en una categoría social muy inferior, figuraban los mercaderes, manufactureros y artesanos, a saber, la clase improductiva.

Del concepto del *produit net* y de esta noción de la estructura de clases emergerían la más inequívoca defensa contra la intromisión de los mercaderes y la más enérgica apología de la agricultura y, a la vez, del poder de los terratenientes y aristócratas: de la agricultura provenía todo incremento de la riqueza; de los demás sectores no provenía nada: «La agricultura es la fuente de toda la riqueza del Estado y de la riqueza de todos los ciudadanos.»⁴ En

3. Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine* (Londres, Longmans, Green, 1948). La actitud general frente a la manufactura figura en la obra de François Quesnay, *Sur les Travaux des Artisans*.

4. François Quesnay, *Maximes Générales*, citado en Gray, *op. cit.*, pág. 102.

consecuencia, el fomento y la promoción de la agricultura eran no ya la mejor, sino la única forma de conseguir un mayor bienestar nacional.

De ello se deducía que los impuestos aplicados al sector rural debían ser moderados; las actividades de los recaudadores no debían ser explotadoras ni erráticas. De tal moderación dependían la integridad del *produit net* y la prosperidad de la agricultura y del país. Pero en materia de gravámenes fiscales estas consideraciones iban acompañadas de una preocupación paralela bastante ingrata, pues si quienes desempeñaban ocupaciones distintas de la agricultura no producían riqueza alguna, de ello se desprendía, al menos aparentemente, que no debían pagar ninguna contribución. En tal caso, no existiendo ningún excedente con el cual pudiera pagárseles, los tributos que se les cobraran vendrían a repercutir simplemente bajo la forma de precios inferiores o de costos más elevados de los productos necesarios para el mundo rural que el agricultor debía pagar restándolos de su *produit net*; es decir, que todos los impuestos terminarían siendo financiados por la fuente única de toda riqueza. En vista de ello, lo mejor sería desde un principio aplicar las contribuciones directamente a los hacendados o a los agricultores propietarios de sus parcelas.

Lo mismo que el *laissez faire*, se trataba de una noción que no llegaría a olvidarse nunca. La hipótesis de que la producción, de una u otra forma, crea (y oculta) una renta suplementaria —a modo de una gracia particular— en beneficio de ciertas clases, surgió bajo un aspecto diferente al cabo de un siglo. Para ese entonces llegó a considerarse que eran los capitalistas, y no los terratenientes, quienes se apropiaban de la «plusvalía», una variedad distinta del *produit net*. Para Marx, éste sería objeto de especial atención y agitación revolucionarias.

El concepto de producto neto experimentó un resurgimiento más específico en los Estados Unidos durante los últimos años del siglo pasado. Ello tuvo lugar en las obras de Henry George (1839-1897), el destacado y lúcido promotor del Impuesto Único,⁵ a quien volveré a referirme en el capítulo XIII. En un principio, a George le llamó la atención el fantástico incremento del valor de las tierras en el Oeste norteamericano (y la consiguiente especulación) a raíz

del crecimiento demográfico, la construcción de los ferrocarriles y el desarrollo económico en general. De todos estos beneficios era poco o nada lo que podía atribuirse a algún esfuerzo de los propietarios. Y como eran los factores sociales los que habían acreado el incremento, la sociedad tenía derecho al mismo. De aquí la propuesta de un impuesto único sobre la tierra, que absorbía todo ese beneficio injustificado. Si bien la idea era convincente, no entusiasmó para nada a los propietarios de bienes raíces, quienes constituían una fuerza política de apreciables dimensiones. Y por otra parte tenían de su lado el concepto de derecho de propiedad originado en la antigua Roma.

Si bien George se inspiró inicialmente en sus propias observaciones sobre la situación en California y en el Oeste de los Estados Unidos, en sus escritos posteriores se apoyó en las obras de los fisiócratas. De esta forma, como factor de largo alcance, aquella corriente de ideas se proyectó desde París durante los últimos decenios del siglo XVIII a San Francisco cien años después.

Una repercusión moderna más general del pensamiento de los fisiócratas se puede constatar en las frecuentes afirmaciones sobre la importancia de la agricultura como fuente originaria de la riqueza y del bienestar. Hasta la fecha, cuando los agricultores se reúnen para recibir los efectos calmantes y reparadores de la oratoria, se les dice, como les habría dicho François Quesnay, que son ellos quienes con sus faenas rurales sientan las bases de todo progreso económico, de toda riqueza, virtud y excelencia en el ámbito nacional.

Los fisiócratas también analizaron, aunque marginalmente, el problema de la fijación de precios: según ellos, la manufactura no añadía ningún valor al producto y, por tanto, los precios debían responder a los costes de producción, idea poco útil si no se sabía cómo evaluar lo que determinaba dichos costes. Y los fisiócratas se refirieron por otra parte, aunque sólo fuera de paso, a la fijación de los salarios según el mínimo necesario para la subsistencia del trabajador. Estas cuestiones serían objeto de un amplio debate y de ulterior desarrollo en Escocia e Inglaterra durante los años subsiguientes.

Pero hubo además otra contribución de los fisiócratas que durante mucho tiempo fue tenida por una novedad intrascendente, y que

5. Especialmente en su tratado más leído, *Progress and Poverty*, que muchas veces reeditado y reimpresso ha sido tirado en millares de ejemplares y que cuenta todavía con un grupo pequeño pero ferviente de partidarios.

sin embargo ha adquirido también gran resonancia en nuestra época. Se trata del *Tableau Économique*, ingenioso modelo también ideado por François Quesnay con el propósito de indicar cómo los productos circulaban del productor a los terratenientes o propietarios y de éstos a los mercaderes, fabricantes u otras clases estériles, y cómo el dinero, por diversas vías, retornaba al productor. Así podía apreciarse cómo cada parte de la economía—cada una de las principales ramas de actividades, o de intereses—servía a las demás y era a su vez compensada. En esta forma, el sistema de compra y venta se reveló como un sistema completo de interconexiones.

En su época, el *Tableau* fue acogido como una invención maravillosa—comparable a una revelación divina—. Victor Riquetti Mirabeau (1715-1789)—Mirabeau el Viejo, uno de los principales fisiócratas— fue, posiblemente, quien le prodigó los elogios más exagerados. En su opinión, el invento de Quesnay, junto con la escritura y el dinero, era una de las tres grandes proezas de la mente humana. Otros, a partir de Adam Smith, no lo juzgaron tan favorablemente, y a veces lo trataron con desdén, hasta que terminó por ser desechado. Alexander Gray, por ejemplo, dice lo siguiente: «(Fue) en su momento la máxima realización de Quesnay y de la escuela fisiocrática, que en la actualidad tal vez sólo deba ser objeto de una nota de compromiso a pie de página. Y no está claro que pueda llegar a ser algo más que una gran mistificación.»⁶

En el decenio de 1930, un joven economista de Harvard, Wasily Leontief (nacido en 1906),⁷ intentó elaborar amplios cuadros en los que consta lo que cada industria recibe de, y suministra a, las demás industrias. De este modo se representan los flujos de recursos a través del sistema y sus efectos en unos cuadros a los que se denominó, a veces en forma levemente irónica, «el *Tableau Économique* de Leontief». Éste se vio en grandes dificultades para obtener los fondos necesarios para financiar la ingente compilación de estadísticas necesarias. Pero en 1973, cuando su obra fue recompensada con el Premio Nobel de Economía, hubo un cambio de actitud y fue tratado con más respeto. Bajo el nombre de tablas *input-output* o, más elegantemente, tablas intersectoriales, este método se ha convertido en la piedra fundamental de modelos mo-

ernos, populares y a la vez provechosos utilizados para prever, y frecuentemente para pronosticar de forma errónea, las perspectivas de la economía y el efecto de los cambios ocurridos en materia de precios, salarios, tipo de interés, impuestos y demanda, tal y como se reflejan en las diferentes ramas de la actividad económica. Una vez más, pudo apreciarse el largo alcance de las teorías de François Quesnay, de Francia y de Versalles.

Los fisiócratas procuraron reformar el viejo sistema y, al mismo tiempo, defenderlo. Considerándolo superior al mundo invasor del mercantilismo y del capitalismo industrial naciente, necesitaba, como lo creía en especial Turgot, liberarse de la corrupción, el derroche, las sinecuras, la extorsión y otros excesos de los privilegiados. A este respecto se plantea un interrogante que ha sido formulado, por cierto, miles de veces: Si se hubieran introducido estas reformas y otras complementarias, ¿habría podido prevenirse o impedirse la Revolución francesa? Esta pregunta es ociosa, pues los ricos y privilegiados, cuando son a la vez corruptos e incompetentes, no aceptan las reformas que podrían salvarlos. En este aspecto, la falta de inteligencia es un obstáculo evidente, lo mismo que el orgullo, la indignación de la vanidad ofendida y el amor propio menoscabado. ¿Cómo podía llegar alguien a creer que las riquezas no estaban precisamente en las manos de quienes eran más dignos de poseerlas? También habrían influido al respecto los factores de preferencia temporal y de renuencia psicológica. ¿Por qué razón había que renunciar a las alegrías, comodidades y placeres a corto plazo en previsión de los horrores y desastres que habría de acarrear un plazo un poco más extenso? Las reformas de Quesnay, Turgot y sus *confrères* no eran más que un tenue resoplido enfrentado a un huracán en ciernes.

Hay en este mundo revoluciones y revoluciones. Algunas, como la norteamericana, dejan intacta la estructura social y económica preexistente. Otras, como la rusa y la china, barren el pasado. La Revolución francesa arrasó el mundo que los fisiócratas habían tratado de defender y de salvar. No obstante, subsistió, como legado para las generaciones futuras, la noción de un sistema económico en términos de una estructura interconectada e interdependiente, y una gama diversa y luminosa de conceptos, como los de un derecho natural que regula el comportamiento económico, la preeminencia

6. Gray, *op. cit.*, pág. 106.

7. Quien volverá a aparecer en esta historia, en el capítulo XIX.

cia intrínseca de la agricultura, el *laissez faire*, el *produit net*, el *Tableau Économique*. Podríamos hacer nuestra la afirmación sorprendentemente generosa para la época de Adam Smith: «Este sistema... con todas sus imperfecciones, es, quizá, la mejor aproximación a la verdad que haya sido publicada hasta la fecha sobre el tema de la economía política.»⁸

8. Y luego, en un comentario bastante característico, de furtiva elegancia, continúa diciendo: «sus secuaces son muy numerosos, y como a los hombres les gustan las paradojas, y quieren aparentar que entienden lo que supera la comprensión del vulgo, las que sostiene con respecto a la naturaleza improductiva del trabajo manufacturero quizá hayan contribuido en buena medida a aumentar el número de sus admiradores». Smith, *op. cit.*, libro 4, cap. 9.

BOLITA 4

VI. EL NUEVO MUNDO DE ADAM SMITH

—La Revolución industrial, que tuvo lugar en Inglaterra y en el sur de Escocia durante el último tercio del siglo XVIII, desplazó hacia las fábricas y las ciudades industriales a los trabajadores que hasta entonces habían producido mercancías en sus cabañas o alimentos y lana en sus granjas. Y también trasladó a otros que habían producido muy poca cosa, o nada.—Los capitales que en un tiempo eran invertidos por los mercaderes en materias primas que se enviaban a las aldeas para ser convertidas en tejidos, o que habían servido para adquirir la producción de artesanos independientes, comenzaron en esa época a invertirse en magnitudes mucho mayores en fábricas y maquinaria, o en los jornales nada generosos mediante los cuales subsistían los trabajadores, aunque sólo fuera por poco tiempo.—La figura dominante, en esta transformación, y por tanto cada vez más en la comunidad y en el Estado, ya no fue el mercader, cuya vocación era la compra y venta de mercancías, sino el industrial, orientado hacia la producción de las mismas.—

Los historiadores han debatido el tema de qué fue lo que inició el proceso. ¿Se originó acaso en fortuitos episodios de innovación, como el invento de la máquina de vapor de Watt para propulsar el resto de la maquinaria, y el de la maquinaria misma, creada, principalmente para las manufacturas textiles, de Arkwright, Kay y Hargreaves, así como de otros menos favorecidos por la fama? (Dicho sea de paso, el producto textil, junto con el alimento y la vivienda, fue uno de los tres factores que en conjunto determinaban el nivel de vida de la gran mayoría de la población en aquellos tiempos.) ¿O acaso habrá sido la Revolución industrial resultado de un lúcido espíritu de empresa? ¿Se trataba quizá de un avance preliminar en un largo proceso mediante el cual las